

Ganadores y olvidados: ¿hacia una cultura de las desigualdades?*

Frédéric Debuyst

Institut d'Etudes du Développement, Université Catholique de Louvain
debuyst@dvlp.ucl.ac.be

Es evidente que aún no hemos alcanzado lo mejor del hombre, y que habrá que mantener una lucha interminable contra poderes que se regeneran sin cesar, y también de cada uno contra sí mismo. Pero nada de lo que ilustramos hoy con palabras frágiles, para algunos ya obsoletas, ha sido conquistado de manera casual. *Libertad, igualdad, alteridad, dignidad*, en la evolución de los seres vivos son cosas harto distintas a esa inexorable fatalidad que hizo volar a los reptiles o indujo a los simios a bajar del árbol. ¡Cuántos caminos se han recorrido, cuántas voluntades conscientes en la lucha contra el azar! Si no sabemos lo que será el hombre de mañana, sabemos lo que no debe ser: alienado, degradado o dominador, lleno de odio u objeto de ostracismo, esclavo o humillado.

J. Testart (1999):185

En referencia a una cultura de las desigualdades, planteo en este texto que la cuestión de la desigualdad no incumbe sólo al ámbito netamente socioeconómico y a las políticas sociales, sino que remite a las orientaciones profundas de la sociedad.

Lo cultural representa a la vez un terreno (por analogía con la agronomía) productor de estructuras y condiciones desiguales, y un conjunto de representaciones y discursos que les sirven de soporte simbólico. En otras palabras, una concepción no igualitaria inducirá una nueva manera de conformar el mundo y ordenar las relaciones entre los hombres. Los poseedores de esa concepción, los que la transmiten activamente, serían los ganadores de una economía “globalizada”, o aquellos que Robert Reich (1997) califica de “manipuladores de símbolos”.

LA POBREZA COMO EXPRESIÓN DE DESIGUALDADES

Los organismos internacionales y los autores que los inspiran aprehenden la pobreza y las desigualdades sociales en conceptos que presentan escaso valor explicativo, pero que calzan bien con las políticas que se siguen o las que ellos preconizan. Ven la pobreza principalmente como un estado de carencia, de ausencia de potencialidades, de oportunidades, de capacidades de los sujetos para disponer de ingresos y bienes/servicios que les permitan satisfacer necesidades esenciales o tener acceso a una mejor calidad de vida. Amartya Sen (2000), por ejemplo, distingue entre “pobreza de renta” (ingresos disponibles evaluables monetariamente) y “pobreza como privación de capacidades”, en que los criterios son múltiples, y muestra los vínculos y las diferencias entre ambos enfoques.

El Informe Mundial sobre Desarrollo Humano del PNUD, 1997, presenta distinciones similares: la pobreza es vista desde la perspectiva del ingreso (inferior a un umbral definido), de las necesidades esenciales (privación de los medios esenciales para satisfacerlas en aspectos relativos a la alimentación,

* Traducción de Paulina Matta (Ediciones SUR), revisada por Francisca Márquez (investigadora SUR) y por el autor.

la salud...), y desde la perspectiva de las capacidades (“funcionales elementales” y aquellas determinadas según criterios sociales, como la participación en la vida de la comunidad...).¹

Una definición desde criterios múltiples ha dado lugar a un índice compuesto de la pobreza humana (IPH) “que intenta aprehender la degradación de la calidad de vida en diferentes aspectos...” Los déficit considerados se refieren a: la duración de la vida (porcentaje de individuos en riesgo de morir antes de los cuarenta años), la instrucción (porcentaje de adultos analfabetos) y otras tres variables: el acceso a los servicios de salud, el acceso a agua potable y el porcentaje de niños menores de cinco años víctimas de desnutrición, que forman un subíndice compuesto (PNUD 1997:18-19). Este IPH es prácticamente lo contrario del IDH (índice de desarrollo humano) que sirve para establecer las evoluciones positivas o negativas en la materia. Tal como el IDH se relaciona con las tasas de crecimiento del PNB (Producto Nacional Bruto) por habitante, el IPH se compara con el índice de pobreza monetaria (proporción de individuos cuyo ingreso se sitúa bajo el umbral de la pobreza).

En la óptica de una definición de la pobreza como carencia o capacidad, las condiciones para su disminución se vinculan a un ritmo de crecimiento sostenido; sin embargo, “es en la medida en que el crecimiento económico permite aumentar el empleo, la productividad y los salarios de los más pobres, y que los recursos públicos se emplean para promover el desarrollo humano, que ello puede contribuir a reducir la pobreza” (PNUD 1997:80). Todas ellas condiciones que —podría decirse— pocas veces se dan en la práctica. De hecho, los programas de desarrollo humano suelen considerarse como medios implementados para fortalecer las aptitudes y recursos de los pobres o, en otros términos, del capital humano, cuyo incremento “estimula” a su vez el crecimiento.

Aunque se suele relacionar la pobreza con los hechos y condiciones de su contexto —conflictos, éxodos y sobrepoblación, degradación del medio ambiente, epidemias (como el sida), y también con el desempleo o las malas condiciones de empleo (precariedad, bajos salarios)—, en general no se la vincula con las lógicas económicas que generan impactos negativos. Más bien, se dice que las “leyes” del mercado, el crecimiento económico —y los Estados que se someten a sus imperativos— son los garantes de la erradicación de la pobreza, por lo que las políticas sociales adecuadas mejoran las “capacidades” de los grupos meta.

A este enfoque, oponemos la idea de que la pobreza es manifestación de desigualdades, y que no se la puede captar sin referirse a la existencia de relaciones sociales que vinculan a los “pobres” con otras categorías sociales. Las situaciones que escapan a esa norma, de poblaciones compuestas de miembros iguales en la pobreza, que viven aislados y luchan por sobrevivir con recursos exiguos, representan ejemplos históricos y casos límite. Por regla general, la pobreza remite a relaciones de desigualdad al interior de una sociedad o entre sociedades. Lo que debe tenerse en cuenta, entonces, es el reforzamiento o la atenuación de las desigualdades.

Como lo indica C. Comélie (2000:129-130): “La renovación de políticas de cooperación para el desarrollo, con sus objetivos declarados de lucha contra la pobreza, no será posible a menos que los fenómenos constitutivos de la pobreza, de la exclusión y la desigualdad, sean restituidos al marco del sistema de organización económica y social que las explica”; de otra forma, no es más que una coartada al servicio de la “sustitución de una estrategia de desarrollo”.

Si en verdad los pobres son un conjunto heterogéneo, no ir más allá de una denominación genérica, sin citar categorías concretas, constituye una escapatoria a todo proyecto de acción. Al respecto, nos podríamos inspirar en las distinciones establecidas por Sergio Zermeno (1996:167-170), que muestran las enormes disparidades entre, por un lado, el *México profundo*, incluidas las comunidades indígenas, el *México maicero*, que comprende el “gran campesinado deprimido”, el *México roto*, es decir, la multitud de desarraigados: marginales urbanos, informales, familias de las maquiladoras, jornaleros migrantes, etc.; y, del otro lado, el *México transnacional*, esto es, los que ganan con la globalización y los integrados del *México moderno*, pero donde también se encuentra una gran cantidad de postergados, obreros y empleados en vías de pauperización. Estos rasgos específicos de las pobreza y las exclusiones deben ser investigados en las frustraciones, fracasos y vías inconclusas de la modernización en sus modalidades históricas.

¹ PNUD 1997, Chap. 1: La pauvreté dans la perspective du développement humain: définition et mesure, p. 17.

No obstante lo anterior, la atención prestada a las causas estructurales e históricas de la pobreza como expresión de desigualdades, no nos exime de examinar la pobreza en el ámbito de los comportamientos individuales y grupales. En este nivel, los sujetos no la viven sólo como ausencia o precariedad de medios de subsistencia, sino también como la expresión de una relación existencial y simbólica. Relación efectiva de subordinación, desprecio y rechazo. El teólogo peruano Gustavo Gutiérrez (2000: 28-36) utiliza el término 'insignificancia' para designar a quienes son mirados como si fueran nada, una especie desdeñable, marginales inútiles o supernumerarios; una categoría socioprofesional explotada, incluso al interior de las relaciones de producción; o desempleados, extranjeros inmigrantes, niños de la calle, mujeres y grupos étnicos en circunstancias definidas.

A esta representación de la pobreza individual en tanto producto de relaciones sociales asimétricas, podemos insertarle una *simbología de la solidaridad*. Es la que se encuentra, por ejemplo, en la Teología de la Liberación, tras la Conferencia de Medellín en 1968. Los pobres, el pueblo, en su realidad material y alegórica (el Pueblo de Dios) no son significados como fuera de las relaciones sociales, sino como oprimidos. El camino espiritual se topa con la acción solidaria: "... la pobreza evangélica es esta pobreza que se reconoce vacía, impotente, menesterosa, dependiente de Dios. En segundo lugar, es la pobreza que solidariza con los pobres reales". ... "Quien es pobre evangélicamente toma partido por las causas, las luchas de los pobres".²

Tras más de un decenio, los antagonismos de clase han desaparecido del vocabulario "científico". Fueron reemplazados por el término 'pobreza', pero sin que la lucha de los pobres haya sido incorporada a él. En el mejor de los casos encontramos la noción de *empowerment* o de "actores del desarrollo"; pero bajo esta cubierta, las que reaparecen son las viejas prácticas tradicionales del asistencialismo.

ITINERARIOS: DESIGUALDADES RECURRENTES E IDEALES IGUALITARIOS

Aunque el sello de la historia de la especie humana parece ser el predominio de relaciones de desigualdad, esa constante no puede hacernos olvidar las relaciones construidas a partir de múltiples reciprocidades o intercambios simétricos. Las diferencias en las condiciones materiales o culturales no se asocian necesariamente a prácticas no igualitarias portadoras de violencia.

A lo largo de milenios, las agrupaciones humanas se han desarrollado en entornos físicos muy diferentes, con mayor o menor riqueza de especies animales y vegetales, propicios o desfavorables a la sedentarización y al paso progresivo a la ganadería y a la agricultura. Los saltos cualitativos en el dominio de la alimentación y el uso de tecnologías no se deben en primer lugar, según J. Diamond, a diferencias en la capacidad mental de innovar, sino a factores vinculados al entorno, a la localización, difusión, aislamiento de las poblaciones: "Ciertos entornos ofrecen más materiales de despegue que otros, y condiciones más favorables a la utilización de los inventos" (Diamond 2000:422). Las creaciones neolíticas se difundieron como imposiciones o préstamos; las grandes migraciones que se expandieron después de miles de años en todos los continentes provocaron la absorción, sumisión, masacre o éxodo de las poblaciones autóctonas, e hibridaciones entre conquistados y conquistadores. Con el tiempo, crearon idiosincrasias regionales.

Al interior de las poblaciones, el aumento en su densidad y la adquisición de excedentes alimentarios favorecieron la diferenciación entre actividades guerreras, intelectuales (religiosas y políticas) y manuales. Pero, a menudo, todas estas diferencias condujeron a violencias no igualitarias sobre el sexo, la etnia, la raza, los pueblos y las clases trabajadoras. Tanto ciertos fenómenos biológicos como algunos gérmenes (o la vulnerabilidad a enfermedades infecciosas) estuvieron al servicio del poder —es el caso en la conquista de América—, y fueron causando el despoblamiento de los territorios aborígenes.

En otra escala, esto es, según la vara de las evoluciones seculares, la historia presenta fases de cristalización de las jerarquías (castas, esclavitud, servidumbre, estatus hereditarios) y fases de apertura a la movilidad social. El posicionamiento de las sociedades y de los países evoluciona en función de su

² Entrevista con Dom Pedro Casaldáliga, en Corten (1990).

ubicación en el espacio cambiante de los centros y polos de dominio y modernización, las zonas secundarias y las periferias.

El estudio de períodos prolongados nos muestra rupturas y discontinuidades entre los regímenes políticos, pero también discontinuidades y resurgimientos, o también regresiones. La revolución industrial sobre el trasfondo de la democracia se dio cargada de desigualdades sociales flagrantes y de un empobrecimiento en que se juntaba la precariedad de las condiciones de vida con la marginalización sociocultural y moral del proletariado, excluido de la civilización y el progreso.³

¿Pudo el capitalismo, mediante el crecimiento y las ganancias de la productividad —esto es, por sí mismo— corregir estos excesos, o fueron las luchas sociales las que lo obligaron a mejorar la condición obrera? El sufragio universal y el acceso de los partidos obreros y de las organizaciones sindicales al parlamento, desempeñaron un papel esencial, pero el imaginario social y la lucha ideológica intervinieron también en las relaciones de fuerza.

De la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 a la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948, los principios igualitarios se han visto fortalecidos. Forman parte de los deberes del ciudadano y del respeto a la voluntad general, pero compiten abiertamente con el principio de la libertad, que consagra el derecho a la propiedad y al comercio por encima del reconocimiento a los derechos colectivos de los trabajadores.

El imaginario democrático permitirá avanzar de una democracia formal (igualdad ante la ley) a una democracia sustantiva, en la cual rija un conjunto de derechos económicos y sociales. Tras la gran crisis de los años treinta y de la segunda guerra mundial, del fordismo y de la perspectiva keynesiana de valorización de la demanda y de un llamado al consumo de las masas, el Estado “benefactor” asegurará la protección y la estabilidad laboral, los derechos a la seguridad social, el salario mínimo, etc., llevando a cabo una redistribución social efectiva.

Bajo los populismos, los períodos desarrollistas y las tentativas de transición al socialismo, América Latina ha conocido de manera parcial estos movimientos redistributivos conducidos por Estados intervencionistas, pero con cortes brutales. Los golpes de Estado militares les dieron fin, acordando esta vez una “opción preferencial” ya no por los pobres sino por la gente pudiente, y prefigurando —como en el caso de Chile— la alianza entre el autoritarismo político y la libertad de mercado.

En las últimas dos décadas, con o sin democracia, la filosofía y prácticas “aseguradoras” se desintegran, se desestabilizan o debilitan. La “protección” social, bajo formas renovadas, se transforma en asistencia a los excluidos y desposeídos.

PARADOJA DEL MUNDO ACTUAL: ENTRE EL DOMINIO DEL MERCADO Y LA BANDERA DE LOS DERECHO HUMANOS

En la perspectiva de ese proceso histórico sucintamente bosquejado, la paradoja señalada deja entrever la coexistencia de “realidades” contrapuestas, que responden sea a complementariedades inesperadas pero “funcionales”, sea a oposiciones en función de acciones/reacciones, o ambas a la vez.

La lógica del mercado o de la ganancia se expresa en una extensión desmesurada de la esfera mercantil, sobre la cual los Estados-Naciones han perdido gran parte de su control. En primer lugar, lo que era de dominio de los servicios públicos, y que tenía por objeto dar respuesta a los ciudadanos en cuanto al otorgamiento de “valores de uso”, se ha visto enormemente reducido tras el incremento de las privatizaciones (por ejemplo, en los sectores de la educación, la salud, la seguridad social, el transporte, los programas habitacionales, etc.). Aunque subsiste el sector público, se ha abierto una brecha cualitativa entre él, lugar de refugio —empobrecido y abandonado— de los sectores de ingresos

³ En apoyo a esta constatación, recurramos a la siguiente situación: “La miseria y la subversión de la inteligencia, la pobreza y el envilecimiento del alma, el debilitamiento y la descomposición de la voluntad y de la energía, el letargo de la conciencia y de la personalidad, el elemento moral, en una palabra, sensiblemente, a menudo mortalmente aquejado. He ahí el carácter esencial, fundamental y absolutamente nuevo de la pobreza”. Cita de Laurent (1995):222.

modestos, y el sector privado, que obedece a criterios de selectividad y competitividad y es accesible sólo a los más ricos. En estas condiciones, la noción de “igualdad de oportunidades” no es más que una abstracción engañosa.

La mercantilización y el regateo entre los intereses económicos y los poderes que los sustentan se han ampliado a ámbitos como, por ejemplo, el medio ambiente. Tras la fraseología del *global village* y de “nuestro futuro común”, las desigualdades regionales en las condiciones de vulnerabilidad y los efectos resultantes de los cambios climáticos se olvidan fácilmente (riesgo de sequías, de inundaciones, de impactos sobre la agricultura...). Son estas desigualdades y la magnitud de los costos manejables o de los daños previsibles para cada uno de los Estados, lo que determina el grado en que se involucran en una gestión solidaria.

Los derechos y deberes en materia de contaminación atmosférica (cuotas permitidas y obligación de reducción de las fuentes contaminantes) se tasan monetariamente de empresa en empresa, de país en país; en el nombre de una supuesta eficiencia mundial, aquellos que más contaminan tienen el poder de comprar parte de las cuotas de los más pobres, hipotecando así el crecimiento potencial de estos últimos.

La biodiversidad no escapa a la lógica mercantil. Si es justo que ella represente un patrimonio común de la humanidad —como debieran serlo otros recursos naturales y también los logros de la ciencia y la tecnología—, es mucho menos justo que ella sirva de medio de intercambio desigual con los países pobres. Éstos deben dejar de lado toda protección nacional frente a las empresas farmacéuticas de los países ricos, y permitirles apoderarse gratuitamente de los recursos bióticos para utilizarlos en una producción hecha al amparo de marcas establecidas y que generan enormes ganancias.

Podrían mencionarse otros casos de intrusión mercantil que afectan, por ejemplo, el acceso al agua, derecho elemental que corre el riesgo de dar origen a numerosos conflictos en el futuro.

Los avances en genética y biotecnología —como los OGM (organismos genéticamente modificados), las técnicas de procreación artificial, la clonación— abren también nuevos campos a las actividades comerciales. Dejados a su aire, no integran en su lógica el principio de la precaución ni se ocupan en desarrollar ninguna ética humanista. En el nombre del progreso técnico-científico y de una visión utilitarista, corren el riesgo de derivar a un eugenismo positivo (selección de los genomas con mejor desempeño) o negativo (eliminación o abandono de los sujetos deficientes, o de las poblaciones en riesgo detectadas por una medicina predictiva).⁴

A las desviaciones señaladas, habría que agregar la economía mundial ilegal o más o menos clandestina, incluido el tráfico de armas, el narcotráfico, la venta de órganos humanos, la trata de seres humanos (mujeres, niños y niñas), la servidumbre de refugiados y migrantes sin papeles que quedan a merced de quienes los ayudan a traspasar las fronteras y de quienes explotan el trabajo clandestino.

La pobreza reside también en el escarnio de la dignidad humana de quienes solicitan asilo, víctimas tanto como beneficiarios de las políticas oficiales de “acogida”. Y con todo, estas prácticas coexisten con esa otra universalización: la divisa —consigna y estandarte— de los derechos humanos.

¿Cómo situar la invocación y la defensa de los derechos humanos —cada vez mejor definidos y ampliados— en una cultura mundial, no igualitaria y portadora de valores mercantiles que los violan o, en el mejor de los casos, no se ocupan de ellos?

La conciencia de los derechos humanos puede tener múltiples sentidos: es una reacción a las prácticas negativas y una búsqueda sincera de justicia o equidad social, para unos; compensación simbólica,

⁴ Véase, al respecto: J. Testart (1999). Recordemos un comentario del autor: “En un marco socioeconómico de varias velocidades, tanto entre grupos de una misma nación como entre el Norte y el Sur, es de temer que una religión del gen, una genomanía, un genetismo, se instalen sin que nos demos cuenta, hasta hacer olvidar que ‘los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derecho’, cualquiera sea su dotación genética”, escribió Hervé Ponchelet. La inquietud del periodista es legítima, pero reserva la genomanía para el uso de un grupo privilegiado, dando a entender que la segregación social sería la condición de la segregación genética, cuando podría ser la consecuencia” (p. 256).

justificadora, para otros.⁵ Sobre todo en el último caso, implica una representación dual entre un *Nosotros* y los *Otros*:

- el *Nosotros*, localizado sobre todo en el Norte occidental, sería un capitalismo “civilizado” que se autorregula y sabe de las presiones de la opinión ciudadana, VERSUS los *Otros*, ubicados en el Sur, y parcialmente al Este, que representan un capitalismo “salvaje”, sin medidas moderadoras, en manos de las mafias;
- el *Nosotros* sería el lugar de la igualdad de oportunidades, la legalidad, la democracia, el respeto por los derechos del hombre, VERSUS los *Otros*, la tierra de las desigualdades profundas de género y de raza, de los oscurantismos, dictaduras o totalitarismos, de los derechos del hombre inexistentes o escarnecidos.

La defensa de los derechos humanos es, así, un modo de expresar la superioridad moral del Norte, de Occidente, y de apoyar las intervenciones en nombre del humanitarismo, que pasa por sobre el principio de la soberanía nacional para sancionar en un Tribunal Penal Internacional los crímenes contra la humanidad.⁶ Desgraciadamente, además de asimétrica, esta defensa también es selectiva en la intensidad de la indignación que provoca, como también en la acción emprendida o proyectada, y ello en nombre de la razón de Estado (Chechenia) o de los grandes intereses geopolíticos y comerciales (China). Representa, no obstante, un imperativo crítico de alcance universal, pero que demanda la construcción de una instancia *jurídico-política capaz de hacer abstracción de los intereses regionales*.

FENÓMENOS CONCOMITANTES

La pobreza y la desigualdad social se hacen presentes a través de diversos fenómenos, que acá abordaremos tan sólo parcialmente. Algunos, como el empleo o el desempleo, están en el centro mismo, o son la causa primera, de esas situaciones. Otros la ilustran o contribuyen a ella. En todo caso, ellos se dan tanto en el Norte como en el Sur del planeta, pero con intensidades variables y especificidades de orden cualitativo. En la sección siguiente, el Norte aparece al comienzo del análisis porque es el lugar donde se concentran las innovaciones tecnológicas y el emplazamiento de una cultura neoliberal y globalizadora de los negocios, y porque ha difundido al Sur su *ethos* y nuevas prácticas no igualitarias que han venido a injertarse en las anteriores jerarquías y diferenciaciones sociales.

⁵ Encontramos en la filosofía y las ciencias políticas norteamericanas la preocupación por ir más allá del utilitarismo dominante, para introducir en ellas los imperativos morales de la equidad social, que permanecen inscritos en un ideal individualista de la libertad. Nos referimos en particular a los escritos de Rawls, en los cuales la teoría de la justicia reposa en la ficción de un contrato social, moral, entre individuos, con abstracción de sus intereses o de su lugar en la sociedad, y según el cual acuerdan los principios de un procedimiento igualitario de arbitraje de los conflictos orientado a lograr un buen ordenamiento de la sociedad. Los dos principios más importantes son:

“1. Toda persona tiene igual derecho a un sistema plenamente adecuado de libertades y derechos básicos iguales para todos, compatible con un mismo sistema para todos.

“2. Las desigualdades sociales y económicas deben cumplir con dos condiciones: en primer lugar, deben estar vinculadas a funciones y posiciones abiertas a todos en condiciones de una justa igualdad de oportunidades; y, en segundo lugar, deben estar al servicio de los miembros más desfavorecidos de la sociedad”. Véase Rawls (1993):211.

El principio de las libertades es prioritario como fundamento de una democracia ciudadana, pero ello en un conjunto societal donde la igualdad de oportunidades se respeta y las desigualdades sociales son reconocidas como legítimas tanto cuanto no perjudican a los más desfavorecidos. Hipótesis “suma no cero” bastante azarosa y difícilmente verificable.

Comentando a Rawls, Touraine (1994) muestra que, según su concepción, habría que reemplazar al “individuo libre e igual a los otros por el individuo o el grupo inscrito en relaciones sociales que son siempre relaciones de desigualdad y de poder. La acción colectiva no está orientada a dar a cada uno lo que se le debe, sino sea a fortalecer la posición de los dirigentes, sea a invocar, en nombre de los dominados, la idea de igualdad como instrumento de lucha contra la desigualdad”. Touraine es claro al mostrar que el consenso del hombre racional y razonable de Rawls sólo apunta a “definir las condiciones mínimas de la cooperación, los límites del ámbito político”. Citas de págs. 55 y 173.

⁶ Esta defensa es también una manera de condicionar o de redistribuir la ayuda para el desarrollo; y, ¿por qué no es el Sur el que podría plantear sus *propias* condiciones a toda cooperación con el Norte?

El trabajo precarizado y fracturas profesionales

La marcha histórica hacia la regulación del trabajo, la protección del empleo y los servicios de seguro social se ven cada vez más comprometidos. Las reivindicaciones sociales han perdido fuerza con el debilitamiento o desmembramiento de los colectivos obreros. La diversificación o desplome de la condición salarial, y la mayor libertad decisional de las empresas, han reducido los medios de defensa de los trabajadores. Frente al juego de “racionalizaciones” internas, desterritorialización de las empresas a merced de las reagrupaciones, las fusiones, las estrategias económico-financieras que sobrepasan con creces las fronteras de los Estados, éstos —anteriormente protectores— hoy día desregulan más que regulan el empleo. Los imperativos obedientes a las normas de la competencia, de hecho favorecen los oligopolios multinacionales gigantes, cuyo poder financiero es superior al presupuesto nacional de la mayoría de los países menos desarrollados.

Sea que se trate de la “nueva economía inmaterial” de la información y de la comunicación o de otros sectores, “hoy en día la imagen típica de la empresa es un núcleo ligero rodeado de una nebulosa de proveedores, subcontratistas, prestatarios de servicios, personal interino, que permiten variabilizar la planta de empleados según sean las actividades de las empresas asociadas. Se dice, en estos casos, que trabajan en red” (Boltanski y Chiapello 1999:116-117).

“Variabilizar” significa utilizar la flexibilidad técnica del aparato productivo, la vinculación casi instantánea entre la oferta y la demanda, y la capacidad de responder a la diversidad de esta última mediante el recurso de no inmovilizar más que una parte de la mano de obra, de reducir su costo apelando —mientras sea necesario— a toda una serie de subcontratos, contratos temporales, a los estatutos precarios; incluso el núcleo estable y los más calificados son puestos así a merced de las posibles reestructuraciones.

Tal como lo señalan J. P. Fitousi y P. Rosanvallon (1996:75), las desigualdades reposan en:

- “el debilitamiento del o de los principios de igualdad que estructuran la sociedad, al mismo tiempo que las desigualdades efectivas no sufren variaciones;
- “un incremento de las desigualdades estructurales, en el sentido en que se las mide habitualmente: desigualdades en los ingresos, gastos, patrimonio, en el acceso a la educación, etc.;
- “el surgimiento de nuevas desigualdades, como consecuencia efectiva de los desarrollos técnicos, jurídicos o económicos, o también de un cambio en la percepción de la relación entre individuos”.

Estas últimas desigualdades pueden ser resultado de una “recalificación de las diferencias *al interior* de categorías anteriormente consideradas homogéneas” (ibíd., p. 68). En la cúspide de la escala social, estas heterogeneidades se manifiestan en un estrato privilegiado que dispone de calificaciones altamente funcionales, actualizadas y complementadas por una formación profesional y cursos que favorecen la adaptabilidad. Pero además de las calificaciones producto de aprendizajes, se valoriza las *cualidades* individuales. Éstas se ven favorecidas por la organización en pequeños equipos multidisciplinarios, innovadores, de los cuales surgen los profesionales más competentes, que encarnan una “excelencia” reconocida internacionalmente. A ellos se les exige una gran movilidad geográfica, para la cual están disponibles. La adaptabilidad técnica va de la mano con la capacidad comunicacional de “conectarse”, de contar con un amplio respaldo informativo, la rapidez de reacción necesaria para descubrir las vías de acceso a los recursos y situarse en ellas en una posición favorable. La calidad está vinculada también a una capacidad de autonomía (de autoorganización), de iniciativa, de creatividad en la gestión, de compromiso con “proyectos” sucesivos.⁷

Esta mitología del alto desempeño de una “hiper-clase” tiene un punto de apoyo en las remuneraciones fabulosas de quienes la componen. En el curso de las dos últimas décadas, el salario de los miembros

⁷ Boltanski y Chiapello (1999) describen extensamente, no sin un cierto lirismo, las cualidades de la nueva organización y de sus gestores.

de los directorios de empresas norteamericanas pasaron de 40 a 400 veces el salario medio de los obreros.⁸

¿Será para alimentar a los fantasmas de un imaginario colectivo que los héroes de turno de una sociedad espectáculo —los campeones con mejor desempeño en los deportes, la televisión o el *show-business*— obtienen contratos faraónicos?

En la parte inferior de la escala aparecen los mal remunerados y también los excluidos, todos los que no son “empleables”. Los supernumerarios actuales sobrepasan ampliamente la categoría de aquellos que Marx calificó de “ejército industrial de reserva”, susceptibles de ser empleados en las coyunturas favorables; tampoco son ese subproletariado que el mismo Marx calificaba peyorativamente. Son aquellos que han quedado fuera de competencia, desprovistos de las cualidades requeridas, los no empleables en los niveles reconocidos en la globalización, y que están destinados a descender por la pendiente de una zona comprendida entre los pequeños empleos precarios y el desempleo.

Son los principios mismos de una sociedad igualitaria los que se ven peligrosamente desechados por el *habitus* de representaciones elitistas que justifican y normalizan la creciente marginalización de los menos dotados y de los “desadaptados sociales”, en el nombre de una competitividad soberana.

Regiones abandonadas y éxodos

Las desigualdades deben conjugarse en una dimensión espacial, y se las debe considerar a diferentes escalas: en el conjunto de las relaciones Norte-Sur, en las relaciones entre un continente o subcontinente y otro,⁹ y al interior de las regiones de cada país. Aunque es innegable que persiste una dicotomía Norte/Sur, con una línea demarcatoria que separa los conjuntos de Estados-Naciones, es necesario pensar la realidad internacional como una pluralidad de terceros y cuartos mundos, de capitalismo emergentes, de Estados recientemente industrializados, con rentas petroleras o recursos estratégicos, de países marginalizados; y sin olvidar que los países del Este y de la ex Unión Soviética, ubicables en un continuum de situaciones intermedias, también intervienen en la ecuación, como también la presencia del Sur en el Norte a través de las migraciones.

Al interior de los Estados, las políticas intervencionistas de asignación equitativa de recursos según las necesidades regionales y los principios de planificación equilibrada, han dado paso a la estimulación de los polos y regiones eficientes o ganadores en el escenario mundial. Junto a estos polos reales o virtuales de competitividad, las regiones perdedoras o dejadas al abandono presentan distintas situaciones: industrialización antigua, agotamiento de economías primarias, empresas obsoletas y no rentables, bolsones tradicionales condenados a la autosubsistencia o a relaciones de mercado locales.¹⁰

Los impactos de la globalización en cuanto a difusión del progreso material y tecnológico son limitados y diferenciados, mientras la exclusión se mantiene en diversos niveles. La única opción que les queda a las poblaciones de las regiones perdedoras es un empobrecimiento o miseria en el lugar mismo, o la emigración hacia los polos urbanos o a regiones con mejor desempeño, para allí subsistir como desarraigados y a la búsqueda de trabajo. Por otra parte, no hay que olvidar que las regiones en abandono relativo (ya se trate del África sub-sahariana, Chiapas o la Amazonía) frecuentemente son también regiones sujetas a agresiones económicas (incluso militares) por sus recursos (mineros, petroleros, de reservas bióticas, etc.) o en función de objetivos geopolíticos, que involucran la desestabilización o destrucción de las comunidades locales, la expulsión de sus tierras, la pérdida de sus territorios, etc.

Las desigualdades espaciales del desarrollo son a la vez causas y efectos de la violencia y conflictos políticos y étnicos. Vincular las causas “externas” de la pobreza a los conflictos políticos y éxodos masivos —como a menudo aparece en los informes de instituciones internacionales—, sin considerar las

⁸ Datos recopilados por Izraelewicz (1999). El autor también menciona que más de 40 millones de estadounidenses carecen de agua potable y que casi la misma cantidad no cuenta con seguro social.

⁹ África dispone sólo del 1 por ciento del PIB mundial e interviene en no más del 1 a 2 por ciento de los intercambios comerciales mundiales, o como lugar para las inversiones directas provenientes del extranjero.

¹⁰ Véase al respecto Bervejillo (1995):9-52; y Debuyst (1998):13-37.

desigualdades y políticas regionales *río arriba*, no da más que una visión trunca de la realidad, que olvida preguntarse sobre las lógicas económicas internas e internacionales.

Los éxodos que observamos sobrepasan las fronteras nacionales y los límites subcontinentales. Las migraciones Sur/Norte, sea que se trate del subcontinente norteamericano o de Europa (en este último caso, con los flujos provenientes, además, de los países del Este), han hecho más visibles las desigualdades mundiales y plantean desafíos pluridimensionales en relación con: i) la imagen de una Europa transformada en “ciudadela sitiada” e identidades nacionales “agredidas”, que juega a favor de los movimientos de extrema derecha; ii) las políticas de integración, que oscilan entre el asimilacionismo y el multiculturalismo, con sus respectivas secuelas (negación de la identidad, por un lado; separatismo, por el otro); y iii) la creciente prioridad que adquieren los objetivos vinculados a la seguridad, lo que reduce el pleno ejercicio de los derechos humanos para los individuos y grupos.

Segregaciones espaciales y violencias urbanas

La evolución de la “cuestión” urbana responde a las desigualdades enunciadas más arriba. La ciudad es el más claro receptáculo de los desajustes sociales en el orden económico, social y cultural. Las megalópolis, disfuncionales en su gigantismo, densidad de población, modos de circulación, sociabilidad y calidad del aire ambiental, representan una ocupación del espacio cada día más irracional, si se considera las posibilidades que ofrecen los actuales medios de telecomunicación.

La segregación se ve reforzada en las grandes aglomeraciones urbanas y sus *hinterlands*, en cierta forma en todas partes del mundo, pero particularmente en América Latina. En las metrópolis del Tercer Mundo, esta segregación pudo darse al comienzo en un proceso natural de ocupación diferenciada del espacio según clases sociales, niveles de ingreso y lugares de origen; pudo responder a las condiciones del mercado financiero e inmobiliario, y también obedecer a las prácticas de invasión de terrenos habitables en los intersticios de los barrios urbanizados, y sobre todo en las periferias. A menudo, tras un período prolongado de residencia, se han podido observar mejorías en las condiciones del hábitat: materiales improvisados que dan paso a construcciones sólidas, instalaciones y servicios públicos que transforman los asentamientos precarios en barrios populares urbanizados. Sin embargo, sea cual sea esta evolución, la distancia material y cultural entre esas zonas y la “otra” ciudad al interior de la ciudad, la de las clases privilegiadas, se mantiene inmensa. Y ello especialmente en esta última década, con el surgimiento de conjuntos de edificios lujosos, centros comerciales gigantes —ricos en sofisticados productos de consumo—, sitios de entretenimiento inundados de luces de neón, implantes ostentosos y agresivos de una nueva cultura de inspiración californiana o de alguna otra parte.

A esta afirmación de la “diferencia cultural” de las clases ricas, debe asociársele una segregación *reforzada*, voluntarista, de los espacios cotidianos, a menudo apoyada por las autoridades municipales.

Una “hiperclase” se encierra cada vez más en guetos, o barrios “privatizados” bajo vigilancia policial, con acceso restringido a los portadores de un pase. Se observa también, principalmente en las ciudades del Norte (Estados Unidos, Europa), el éxodo de los privilegiados hacia regiones “peri-urbanas” a buena distancia de la aglomeración urbana principal, en la búsqueda de una vida plena de agrados ecológicos, ésa que J. Donzelot (1999:87-114) ha bautizado como “urbanismo afinitario”. El hábitat de las grandes ciudades, ¿quedará para los menos afortunados, sometidos a los riesgos de la contaminación y la inseguridad?

Lo anterior ocurre en todas partes del mundo, y a ello se suma la intensificación de la delincuencia urbana, más difusa en el Sur, más circunscrita a ciertos barrios o *cités* de suburbios en el Norte, donde a menudo se encuentra una mayoría de inmigrantes, de jóvenes desempleados, con escasa o pobre escolaridad, marcados por problemas de identidad cultural y ciudadana. Las luchas urbanas que canalizaban las reivindicaciones de un movimiento social se ven reemplazadas por *revueltas*, que obedecen sea al hambre —y cuyo blanco son las grandes áreas comerciales de consumo—, sea a la violencia policial, a la falta de espacios de integración o de perspectivas futuras.

La psicosis en torno a la seguridad es producto de fracturas sociales y raciales, y las alimenta. Las fuerzas del orden van de la represión al abandono de las zonas marginalizadas, entregadas a violencias internas cotidianas. El sentimiento de peligro se encarna en la imagen de una “sociedad incivil” y lleva a acciones dirigidas ya no contra la pobreza, sino *contra los pobres*. Los espacios públicos, lugares de

encuentro entre las distintas clases sociales, tienden a reducirse, y en beneficio de las clases superiores surgen espacios de encuentro “clánicos” fuertemente protegidos.

PODER POLÍTICO, POLÍTICAS SOCIALES Y MOVIMIENTO SOCIOCULTURAL

Este bosquejo tan general puede parecer excesivo y parcial. Señala una tendencia dominante a instaurar una cultura no igualitaria que, dejada a su propio impulso, se asentaría en las costumbres y terminaría por parecer natural. Felizmente existen contra-tendencias y reacciones que la corrigen y limitan sus efectos.

El problema de la pobreza y desigualdades sociales no puede ser tratado como un tema sectorial, pues nos remite a dinámicas globales de la sociedad.

- a) Las políticas sociales focalizadas en los grupos más desprovistos, en elementos cualitativos (o ausencia de ellos) definidos, pueden paliar de manera más o menos eficiente la extrema pobreza, pero son relativamente ilusorias en cuanto no impiden la re-creación de pobreza, como consecuencia de las lógicas económicas que las rebasan. De la misma forma, la promoción del *empowerment* o de las capacidades organizacionales de las colectividades locales tiene aspectos valiosos (les entregan armas para una mejor defensa), pero no aportan cambios sustanciales en sus condiciones de vida si, por otro lado, los apremios macroeconómicos y políticos permanecen inmodificados. Como lo señalan B. Lautier y P. Salama, lo “social” no puede ser creado y separado de otros campos:

Gobernar la miseria no es eliminarla; es, sobre todo, constituir un campo, lo “social”, en el cual los pobres puedan existir, actuar libremente, pero al interior de su relación con el poder. Lo social y las “políticas sociales” surgen como una estrategia de despolitización de las desigualdades, una manera de tratarlas en cuanto organización y técnicas, y no de poder y de derechos políticos.

(Lautier y Salama 1995:248)

- b) Nos parece esencial, en esta línea de ideas, redefinir los ámbitos y las misiones de la política. Ellas se sustentan o deben ser creadas en distintos niveles (o escalas), que van de lo local a lo mundial y que responden a la necesidad de negociar y regular los intereses divergentes, o incluso antagónicos.

Del enfoque de la “gobernanza” retengamos, como elemento positivo, la idea de una concertación o co-decisión entre poderes públicos, agentes económicos y representantes de la sociedad civil (organizaciones sociales, ONG, universidades, etc.). Esto implica, por una parte, que el Estado no se comporte como un subgerente o ejecutivo de los operadores económicos; y, por otra, que los representantes de la sociedad civil no sean cooptados desde arriba (en una perspectiva neo-corporativista), ni llevados a suplir los déficit del Estado (insuficiencias en capital humano y recursos financieros) en materia local y social. La realidad —toda medida seria que quiera incidir en ella— no puede acomodarse a consensos preestablecidos: ella es necesariamente *conflictiva*. Como lo manifiesta E. Øyen:

Por una parte, *ningún* problema social puede ser reducido (y, por cierto, mucho menos eliminado) sin una forma y otra de repartición o redistribución de los recursos económicos, políticos o sociales. Por otra, intrínsecamente, *todas* las formas de reparto o redistribución encierran gérmenes de conflicto, por insignificante que el reparto o redistribución pueda parecer.

(Øyen 1999:528)

La “solución” del problema de la pobreza y desigualdades sociales no depende primordialmente de la gestión de lo “social”, sino de la resolución de la relación de fuerzas entre los protagonistas, en la cual interviene la presión del *movimiento social y cultural*. Necesariamente éste debe entrar en la ecuación para que la idea de igualdad se encarne en los hechos.

- c) Este *movimiento*, en términos generales, debe ser sacado de su letargo y encontrar nuevas formas de expresión. Debe perfilarse en un nivel inter-societal, actuando de manera esporádica, impulsado por una constelación heterogénea de actores del Norte y del Sur, que articulen el conjunto de

aspiraciones bajo un denominador común: la anti y/o la otra mundialización. Este *movimiento*, constituido por redes, combina reacciones a una cultura mundial no igualitaria y de “supremacía del mercado”, reivindicaciones en torno al empleo y la protección social, la seguridad alimentaria, la reforma agraria, el respeto por las identidades culturales y de la mujer, la defensa del medio ambiente, los derechos humanos colectivos; constituye el vehículo para nuevas modalidades de producción y expresiones alternativas de desarrollo local, de gestión municipal, etc.

No se puede prejuzgar la vitalidad futura de este *movimiento* y el alcance de las estrategias que adoptará. ¿Se mantendrá como un “movimiento de protesta”, ajeno —salvo excepciones— a todo vínculo con las instancias políticas, o dispondrá de medios de representación partidaria (u otra) y de penetración al interior de esas instancias? La eventualidad de tal salida parece débil en este momento, y su oportunidad es, por otro lado, cuestionable.

El ámbito de resistencia a las desigualdades sociales y culturales de la globalización o de aquello que Klaus-Gerd Giesen (1997:73-96) llama “la ética de la resistencia reticular”, conformado por un conjunto de aspiraciones y de objetivos parciales, supone un nuevo enfoque de la acción ciudadana y de la sociedad civil. En oposición a una manera de gobernar que deja la mejor parte a los operadores económico-financieros dominantes, deberá surgir una manera de gobernar y una interpelación ética —a la vez agresiva y abierta al diálogo— que opere sobre espacios múltiples, de lo local a lo mundial, y emane de actores intra y trans-sociales.

Un movimiento crítico sustentado en la multiplicidad deberá conjugar, por una parte, momentos de encuentro masivo y de unidad de acción; y por otra, estrategias muy diferenciadas y arraigadas en lo local. Deberá conciliar, por un parte, el respeto y consideración de las diferencias; y por otra, lo universalizable. Nos invita a comprender de otra manera el sentido y las dimensiones de la política.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bervejillo, F. 1995. “Nuevos procesos y estrategias de desarrollo. Territorios en la globalización”. *Prisma* 4 (Universidad Católica del Uruguay): 9-52.
- Boltanski, L.; E. Chiapello. 1999. *Le nouvel esprit du capitalisme*. Paris: Gallimard Essais.
- Comélieu, C. 2000. “Privilégier la lutte contre les inégalités, *Esprit* (juin): 128-140.
- Corten, A. 1990. Les peuples de Dieu et de la forêt. A propos de la “nouvelle gauche” brésilienne. Québec: VLB Éditeur, l'Harmattan.
- Debuyst, F.. 1998. “Espaces et Identités; propositions interprétatives”. En F. Debuyst et I. Yépez del Castillo (sous la direction de), *Amérique latine, Espaces de pouvoir et identités collectives*. Louvain-la-Neuve, Belgique: Academia-L'Harmattan, pp. 13-37.+
- Diamond, J. 2000. *De l'inégalité parmi les sociétés. Essai sur l'homme et l'environnement dans l'histoire*. Paris: Gallimard. Traducción de *Guns Germs and Steel. The Fates of Human Societies*. New York: W. W. Norton & Co., 1997.
- Donzelot, J. 1999. “La nouvelle question urbaine”. *Esprit* (novembre): 87-114.
- Fitousi, J. P.; P. Rosanvallon. 1996. *Le nouvel âge des inégalités*. Paris: Ed. du Seuil.
- Giesen, Klaus-Gerd. 1997. “L'analogie anthropomorphiste, l'éthique de la 'démarchandisation' et le concept de société civile”. En K. G. Giesen (bajo la dirección de), *L'éthique de l'espace politique mondial*. Bruxelles: Ed. Bruylant, pp. 73-96.
- Gutiérrez, G. 2000. “Gratuidad y fraternidad”. *Páginas* (Lima, Perú: Centro de Estudios y Publicaciones) 161 (febrero): 28-36.
- Izraelewicz, E. 1999. “Une hyper classe? Quand une élite branchée sur Internet dominera le monde”, *Le Monde*, Spécial *L'Avenir 2000-2099*, 21 questions au XXIe siècle (novembre).

- Laurent, E. "Le paupérisme et les institutions de prévoyance" (Paris, 1865). En R. Castel, *Les métamorphoses de la question sociale*. Paris: Fayard, 1995.
- Lautier, B.; P. Salama, dir. 1995. *Revue Tiers Monde* 26(142), Spécial *Pauvretés* (avril-juin).
- Øyen, E. 1999. "Les aspects politiques de la réduction de la pauvreté". *Revue Internationale des Sciences Humaines*. Paris: Unesco, pp. 527-533.
- PNUD (Programme des Nations Unies pour le Développement). 1997. *Rapport Mondial sur le Développement Humain, 1997*. Paris: Economica.
- Rawls, J. 1993. *Justice et démocratie*. Paris: Le Seuil.
- Reich, R. 1997. *L'économie mondialisée*. Paris: Dunod.
- Sen, A. 2000. *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Testart, J. 1999. *Des hommes probables. De la procréation aléatoire à la reproduction normative*. Paris: Seuil.
- Touraine, A. 1994. *Qu'est-ce que la démocratie*. Paris: Fayard.
- Zermeño, S. 1996. *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*. México: Siglo XXI.